

perio romano, eran de una figura del todo diferente: trajes cortos y ceñidos, cabellos muy largos, algunos sin barba, y otros la dejaban crecer. Los romanos les tenían horror, y como en los tiempos en que estos bárbaros se establecieron, todos los clérigos eran romanos, conservaron cuidadosamente su traje, que vino á ser el hábito clerical. De manera, que luego que los francos y otros bárbaros se hicieron cristianos, los que entraban en el clero se hacían cortar los cabellos y tomaban los trajes largos. Por el mismo tiempo, muchos de los obispos y otros clérigos tomaron el hábito que los monjes llevaban entonces, como el mas conforme á la modestia cristiana. De allí viene, á lo que se cree, la corona clerical, porque habia monjes que se rasuraban la parte superior de la cabeza, para hacerse despreciables á los mundanos. Sea de ello lo que fuere, la corona ó la tonsura estaba ya en uso, y desde mucho tiempo, desde en vida de Bède, en el octavo siglo.

Otros pretenden, y entre ellos se encuentran algunos padres de la Iglesia, que esta costumbre remonta hasta los apóstoles, y que fué San Pedro quien la estableció, en memoria de la corona de espinas de nuestro Señor Jesucristo. Yo acepto mejor esta piadosa creencia, que la fria erudicion de Fleury.

Lo tonsura enseña y demuestra, que aquel que la ha recibido, pertenece á Dios y no ya el mundo: es un signo de modestia y de renuncia al siglo y sus vanidades. Se puede ver en los pontificales el ceremonial que tiene lugar, cuando el obispo confiere este primer grado á los jóvenes que quieren consagrarse al servicio de los altares.

El tonsurado pertenece á Dios. Recibiendo la tonsura, ha recibido la señal de esta servidumbre santa, que vale mas que todas las libertades que el mundo pretende querer dar á los hombres.

Hé aquí los diferentes grados que conducen al altar. *Cuatro órdenes menores: éstas son, portero, lector, exorcista y acólito.—Tres órdenes mayores: sub-diaconado, diaconado y sacerdocio.*

“Todas estas órdenes, dice Santo Tomás, se refieren á la Santísima Eucaristía, y su dignidad les viene de la relacion que tienen con este adorable sacramento.”

En los primeros tiempos eran todos llamados indiferentemente *consagrados*. En el dia no se dá este epíteto mas que á las tres órdenes mayores, á saber: sacerdocio, diaconado, y sub-diaconado, que no era anteriormente mas que un *orden inferior*: habiendo sido despues reputado *orden mayor*, ha sido tambien honrado con el título de *orden sagrado*.

En su libro de la Institucion canónica, Fleury hace conocer cuál era el empleo de cada uno de estos siete grados. Los *porteros* eran mas necesari-

rios cuando todo el mundo no era cristiano, á fin de impedir á los paganos la entrada en la iglesia á perturbar el oficio y profanar los misterios.

En el interior de la casa de Dios, mantenian á cada uno en su lugar, velaban que cada cual guardase su rango, el pueblo separado del clero, los hombres separados de las mugeres, y que todos guardasen silencio. Las funciones marcadas por la instruccion que les daba el obispo al ordenarlos, son de distinguir las horas y las oraciones, guardar fielmente el lugar santo, tener cuidado de que nada se pierda, abrir y cerrar á ciertas horas la iglesia y la sacristía, y tener abierto el libro al que predicaba. Dándole las llaves, le dice el obispo: “*Gobernaos, como debiendo dar cuenta á Dios de las cosas que son abiertas con estas llaves.*”

Los *porteros* ordinariamente eran hombres de edad madura, y se les encargaba el adorno y decoro de la iglesia. Los que habian obtenido este empleo, envejecian y morian en él ordinariamente. Algunos, sin embargo, venian á ser alguna vez *acólitos*, y aun *diáconos*. Estas plazas se daban sobre todo á los legos de una piedad reconocida.

Los *lectores* eran en general mas jóvenes que los porteros; era la primera orden dada á los jóvenes que se consagraban al servicio de Dios. Servian frecuentemente de secretarios á los obispos y á los sacerdotes, instruyéndose, leyendo y escribiendo cerca de ellos. Se escojian tambien aquellos que eran mas propios para el estudio.

Su funcion era siempre necesaria, porque siempre se leian en las iglesias las escrituras del Antiguo y Nuevo Testamento, sea á la misa, sea á los otros sacrificios, especialmente al de la noche.

El concilio de Cártago prescribe: que deban leer por el sacerdote que predica, y cantar las lecciones, bendecir el pan y los frutos nuevos. En su ordenacion, el obispo los exhorta á *leer fielmente y á practicar lo que leyesen*, y los coloca en el rango de aquellos que difunden la palabra de Dios.

La funcion de *exorcista* no pertenecia entonces mas que al sacerdote; todavia no la ejercia, sino en circunstancias graves y públicas, por comision especial del obispo.

Los *acólitos* eran jóvenes de veinte á veinticinco años, destinados á seguir y acompañar siempre al obispo. Llevaban sus mensajes con sus elogios (*manjares benditos*), y alguna vez la santa Eucaristía. Servian en el altar, y antes que hubiese los *sub-diaconos*, los *acólitos* los reemplazaban en el santuario.

“Cuando el obispo ordena el acólito, dice un decreto del concilio de Cártago, es preciso le enseñe de qué manera debe conducirse en su empleo, que reciba el candelero con un cirio de manos del arcediano, á fin de que sepa que está destinado á encender los cirios del altar, y que reciba

una vinajera vacía para verter allí el vino que debe ser consagrado por la Eucaristía.”

Al presente, son los niños quienes llenan en nuestras iglesias las funciones de *acólitos*. . . . A pesar de mi respeto por los usos de lo pasado, diré, que me place mas ver á la infancia servir al sacerdote en el altar, que á hombres de veinte ó veinticinco años. La infancia es mas graciosa y mas pura: el alba blanca y el ceñidor rojo ó azul vienen mejor á los jóvenes que á hombres hechos; y cuando llega la *fiesta del Corpus*, la corona de azulejos los viene á embellecer y los hace parecer unos ángeles.

Después que el sub-diácono ha sido considerado como uno de los *órdenes mayores*, el sub-diácono recibe de manos del obispo á su ordenacion, la patena y el cáliz vacío, la vinajera con agua, la servilleta y la toalla.

Leyendo todos estos detalles, que algunos espíritus soberbios mirarán como minuciosos, y que contrastan sensiblemente con el grandor de nuestro culto (1), nosotros, católicos, no podemos creer que los santos que han gobernado la Iglesia en los primeros siglos descendiesen sin objeto á estas pequeñeces, reglamentando con tanto cuidado todas estas esterioridades. Habian comprendido la importancia de todo lo que hiere nuestros sentidos, como la belleza de los lugares, el orden de las asambleas, el silencio, el canto y la majestad de las ceremonias. Todo esto ayuda tambien á los espíritus mas elevados á remontarse hácia Dios.

Cuando vemos que el templo de Jerusalem estaba servido por millares de levitas, debiéramos sonrojarnos de ver nuestras iglesias, donde reposa el Cuerpo de Jesucristo, tan desnudas de ornamentos y con un personal tan restringido.

El gefe supremo de la gerarquía cristiana, aquel que se asienta sobre la roca de la Iglesia, que todas las furias del infierno no podrán quebrantar, es el Vicario de Jesucristo.

Después del Pontífice de los pontífices, el padre de los fieles, el soberano pastor de las almas, vienen los metropolitanos y los arzobispos. El concilio de Nicea habla de esta dignidad como de un grado gerárquico establecido desde mucho tiempo. San Atanasio y San Agustin citan los metropolitanos antes de la data de esta asamblea. Desde el siglo II, Leon está calificada en los actos civiles como *ciudad metropolitana*, es decir, *ciudad madre*; y San Ireneo, que era su obispo, gobernó toda la iglesia de las Gaulas. Algunos autores han pensado que los arzobispos son tambien de institucion apóstolica. En efecto, Eusebio y San Juan Crisóstomo, dicen que Tito, *obispo*, tenia la superintendencia de los *obispados de Creta*.

Las opiniones varían sobre el origen del patriarcado; pero parece cier-

(1) Fleury.

to que no fué establecido sino por los años de 385, cuatro años después del concilio general de Constantinopla.

El nombre de cardenal se daba entonces indistintamente á los primeros dignatarios de la Iglesia (1). Como estos gefes del clero eran ordinariamente hombres distinguidos por su ciencia y sus virtudes, los papas los consultaban en los asuntos delicados. Vinieron á ser poco á poco el consejo permanente de la santa Silla, y el derecho de eleccion del soberano Pontífice pasó á su seno cuando la comunión cristiana se hizo demasiado numerosa para ser reunida.

Las mismas razones que habian motivado la dignidad y el empleo de los cardenales cerca de los soberanos pontífices, hicieron nacer la institucion de los canónigos cerca de los obispos: era un cierto número de sacerdotes escojidos que componian la corte y el consejo episcopal. Los trabajos de la diócesis aumentaban, y estos sacerdotes fueron obligados á partir el trabajo: unos fueron llamados vicarios, otros grandes vicarios y archiprestes. El consejo entero tomó el nombre de *capítulo*, y los consejeros el de *canónigos* (2).

Simples sacerdotes, y alguna vez tambien legos, nombrados por los obispos como superiores de las comunidades religiosas, fueron el origen de la orden de los *abades*, dignidad que frecuentemente fué elevada bien alto, y que alguna vez descendió bien bajo. . . . pero que en la historia del mundo católico, atesta por numerosos beneficios é inmensos trabajos el bien que la religion ha hecho en todas partes donde quiera que ha plantado la cruz.

Aumentándose la familia cristiana, fué preciso acrecer el número de las guías espirituales; á los rebaños esparcidos en los campos, fué preciso darles nuevos pastores. Los obispados eran demasiado vastos para que los sacerdotes de las metrópolis pudieran llevar los socorros de la religion á las estremidades de la diócesis; y se levantaron iglesias en las villas y aldeas.

A estas rústicas casas de piedad fué preciso darles sirvientes. Al cabo de algunos tiempos, estos sacerdotes tomaron el nombre de *curas* (de la palabra latina *cura*, que significa *cuidado*, *fatiga*) (3). “Este nombre no es de orgullo ciertamente, y bien se les podía perdonar, porque llenaron cumplidamente sus funciones.”

Cerca del cura, para orar con él, para ayudarle en la administracion de los sacramentos y partir el peso del ministerio, un jóven sacerdote, sa-

(1) Hericourt.—Leyes eclesiásticas de Francia.

(2) *Genio del cristianismo*. Cap. de la gerarquía.

(3) Chateaubriand.

liendo del Seminario, habita bajo el mismo techo que el pastor; entra en la milicia sagrada sabiendo el griego y el latin, la filosofía, la teología y las santas escrituras; pero no sabe aún la perversidad de los hombres; inocente, ignora las intrigas; piadoso y puro, es extraño á la impureza que mancha y degrada las almas; es, pues, una buena escuela para el levita de veinticinco años esta comunidad de vida con el venerable dean del santuario. . . .

Los *beneficios* deben su origen á los agapas, ó comidas de los primeros cristianos. Se sabe que en estas reuniones cada familia, segun sus medios, llevada su ofrenda para el mantenimiento del obispo, del sacerdote y del diácono, y su limosna para el socorro de los enfermos y de los extranjeros.

Mas tarde las obligaciones cambiaron de naturaleza: los hombres ricos, los príncipes, los reyes, las ciudades enteras, hicieron dones de tierras y de rentas fijas á la Iglesia para reemplazar las limosnas inciertas.

Se sabe lo que se hizo, hace mas de medio siglo, con esos bienes donados y legados por nuestros antecesores en la fé, á los ministros de los altares, á los bienhechores de los pobres: acordándose uno de este gran despojo nacional, y recapitulando todos los males que le han seguido, se queda convencido de que la injusticia no aprovecha mas á las naciones que á los particulares.

“No olvidemos, pues, en el desarrollo de esta gerarquía (dice Mr. de Chateaubriand), que San Gerónimo compara á la de los santos; no olvidemos pues las vias por donde la cristiandad señala su sabiduría y su fuerza; queremos hablar de los concilios y de las persecuciones.” “Traed á vuestra memoria, dice La Bruyére, recordad ese grande y primer concilio, donde los padres que lo componian eran notables cada uno por algun miembro mutilado, ó por las cicatrices que les habian quedado de los furores de la persecucion: parecian tener con sus llagas el derecho de sentarse en esta asamblea general de toda la Iglesia. . . .

“Nada está mas sabiamente ordenado, que esos círculos, que partiendo desde el último chantre de aldea, van elevándose hasta el trono pontifical, que los sobrepuja y los corona.

“La Iglesia tambien por sus diferentes grados ocurre tambien á nuestras diferentes necesidades: artes, letras, ciencias, legislacion, política, instituciones literarias, civiles y religiosas, fundaciones para la humanidad, todos estos magníficos beneficios nos llegan por los rangos superiores de la gerarquía, mientras que las minuciosidades de la caridad y de la moral están esparcidas en los grados inferiores, sobre las últimas clases del pueblo.

“Si en otros dias la Iglesia fué pobre desde el último escalon hasta el primero, fué porque la cristiandad era indigente como ella. Pero no se podria exigir que el clero permaneciese pobre, cuando la opulencia se desplegaba á su alrededor; habria entonces perdido toda su consideracion, y ciertas clases de la sociedad, con las cuales no habria podido vivir, se hubieran sustraído á su autoridad moral. El gefe de la Iglesia es príncipe para poder hablar á los príncipes; los obispos, marchando á la par con los grandes, osan instruirlos en sus deberes; los sacerdotes seculares y regulares, sobre las necesidades de la vida, se mezclan con los ricos, cuyas costumbres purifican; y el simple cura se aproxima á los pobres, porque está destinado á aliviar con sus beneficios y á consolar con su ejemplo.

“Así no es, que el mas indigente de los sacerdotes, no pueda tambien instruir á los grandes del mundo y llamarlos á la virtud; sino que no puede seguirlos en las costumbres de su vida, como el alto clero, ni dirigirles un lenguaje que ellos entiendan perfectamente. La consideracion misma de que gozarian, venia en parte de las órdenes superiores de la Iglesia. Conviene, por otra parte, á las grandes poblaciones tener un culto esplendoroso, y altares donde el infortunado pueda encontrar los socorros.

“Por lo demas, no hay nada tan bello en la historia de las instituciones civiles y religiosas, como todo lo que concierne á la autoridad, los deberes y la investidura de los prelados entre los cristianos. Se ve la perfecta imájen del pastor de los pueblos y del ministro de los altares. A ninguna clase de hombres ha honrado tanto la humanidad como á la de los obispos, y no se podrian encontrar en otras partes mas virtudes, grandeza y genio.

“El gefe apostólico debia ser sin defecto alguno corporal, y parecido al sacerdote sin mancha, que Platon pinta en sus leyes. Escojido en la asamblea del pueblo, quizá era el único magistrado legal que existia en los tiempos bárbaros. Como este encargo envolvia una responsabilidad inmensa, tanto en esta vida como en la otra, estaba muy lejos de ser ambicionada. Los Basilio y los Ambrosios huian al desierto temerosos de ser elevados á una dignidad, cuyos deberes espantaban su misma virtud.

“No solamente estaba el obispo obligado á llenar sus funciones religiosas, como enseñar la moral, administrar los sacramentos, ordenar los sacerdotes, sino que todavia el peso de las leyes civiles y los debates políticos recaian sobre él. Ya un príncipe que apaciguar, una guerra que evitar, una ciudad que defender. El obispo de Paris, en el IX siglo, salvando por su valor la capital de la Francia, impidió tal vez á la Francia entera caer bajo el yugo de los normandos.”

He hablado del ceremonial observado en las cuatro menores órdenes; llegó pues al de las órdenes mayores y sagradas. El primero es el sub-diaconado, al cual se ha dado despues tal rango, que la Iglesia ha unido á este grado el voto de castidad. Antes que esta virtud de los ángeles fuese ordenada al sub-diacono, estaba colocado entre las órdenes menores. Las ocupaciones del sub-diacono son, adornar los altares, preparar los ornamentos, los vasos sagrados, el pan, el vino y el agua del adorable sacrificio. Es el que vela el fuego sagrado, cuida del incienso, y de la lámpara que brilla dia y noche ante el tabernáculo.

En las fiestas solemnes, viste el alba de lino fino, y dalmática, y canta la epístola; lleva y tiene abierto el libro de los Evangelios, mientras que el diacono proclama los milagros, las parábolas y la mansedumbre del Divino Salvador.

Cantado el Evangelio, el sub-diacono presenta el libro sagrado al oficiante, que lo besa con respeto. Es tambien el que dá á lavar al sacerdote antes del ofertorio, y el que le coloca sobre el altar, el cáliz y la patena, el que purifica los palios y los corporales; semejantes oficios no pueden ser confiados sino á manos puras y castas.

Nada mas digno del pincel de un gran pintor, y mas conmovedor para los fieles, que todos esos jóvenes, cuyos estudios sagrados del Seminario han prolongado la adolescencia; nada mas admirable para nosotros, que verlos á todos, alineados ante el prelado consagrante. Están de pié, en la actitud de hombres dispuestos á partir, á ir, sobre todo, donde la voluntad de Dios y sus superiores los manden ir: quieren renunciar para siempre al mundo y á sus seducciones; y en la edad en que todas las pasiones hierven todavía en su seno, quieren hacer el voto de vencerlas con la ayuda de la gracia sacramental, que están próximos á recibir.

Todos vestidos de alba blanca, símbolo de pureza, tienen cubierta su cabeza con el amito, emblema de perfeccion, que cayendo sobre sus frentes, los defiende de todas distracciones; un cordon anudado ciñe sus riñones, este es el signo de la castidad; sobre su brazo izquierdo llevan una túnica, en testimonio de la alegría de su corazon; y tienen en la mano el manípulo, recordándoles el trabajo que deben llevar en su santa carrera, y en la otra un cirio encendido, para atestar su fé y su caridad. Así preparados, y por decirlo así, armados contra el enemigo comun, esperan en silencio el momento en que serán afiliados en la milicia del Señor.

La religion católica, que no piensa jamas en traicionar á aquellos que se le quieren consagrar, se precave contra el entusiasmo de los jóvenes candidatos que vienen ante el obispo. Con toda su paternidad espiritual,

el prelado les hace oír su voz y les dice: "Mis caros hijos; os presentais para recibir el sub-diaconado: antes de ligaros, pensad muchas veces y con atencion, el pesado fardo con que pedis ser cargados. Teneis todavía toda vuestra libertad, usadla; todavía os es permitido pasar á una vida secular. Pero si recibís este orden, no podréis en lo sucesivo cambiar vuestra determinacion; os será preciso pertenecer por siempre á Dios, y servirlo. Servirle, ciertamente, es reinar, guardar la castidad es estar siempre prontos para el ministerio de la Iglesia.... Mis caros hijos.... es tiempo todavía.... reflexionad.... Empero, si perseverais en vuestra resolucion, aproximaos."

Despues de haber dicho estas palabras, todas paternales, si los aspirantes persisten en la resolucion de consagrarse á Dios; si sienten la fuerza y el valor para romper con la sociedad y sus seducciones, dan un paso adelante.... ¡paso decisivo y sin retorno, que pone entre ellos y el mundo todo un abismo! Entonces, para demostrar que han muerto para el siglo y sus pompas, se prosternan todos de cara contra las gradas del santuario, diciendo un eterno adios á esta tierra que desdeñan, á sus parientes, á los amigos que han amado siempre, y por los cuales rogarán mejor todavía cuando tengan el derecho de subir al altar.

Acostados sobre el pavimento del templo, permanecen allí silenciosos, inmóviles, mientras que el obispo ruega en alta voz por estos nuevos soldados de Jesucristo, pidiendo al divino Redentor que se digne acordar á estos jóvenes que vienen á darse enteramente á él, la fuerza sobrehumana de que pueden tener necesidad en la lucha incesante que habrán de sostener contra Satanás y sus legiones. A fin de obtener esta gracia por los prosternados, el pontífice, el clero y el pueblo se ponen de rodillas: es hácia la Santísima Trinidad, á la poderosa Madre del Salvador, á los patriarcas, los profetas, los apóstoles, los confesores y los mártires, á quienes se dirige la oracion. Esta invocacion es solemne y admirable de oír, pronunciada sobre aquellos que parecen ya pasados de las agitaciones de esta vida al reposo de la muerte.

Acabadas las letanias de los santos, se levanta el obispo, y aproximándose sobre esta legión cristiana, que se podría creer dormida sobre el campo de batalla antes que el fuego del enemigo comience, estiende su mano sobre ella, bendice y consagra la piadosa milicia, formando tres veces sobre los nuevos enganchados la señal de la cruz.

Despues de esta bendicion, se levantan todos juntos, enteramente transformados. Ya no son del mundo, ya no son de la casa paterna; ya no son libres, ni se pertenecen; son en cuerpo y alma de Jesucristo, pertenecen á Jesucristo para siempre.

Puesto que son de Dios, se les pone en contacto con los que pertenecen á los altares de Dios. Sus manos no son ya mas profanas; el obispo les hace tocar el cáliz y la patena, que el Cuerpo y la Sangre del Hijo de Dios ha vuelto santos y sagrados.

Y colocando el amito sobre la cabeza el prelado les dice: *Recibid este amito; él designa la mortificacion de la cruz. En el nombre del Padre, del Hijo, y del Espíritu Santo.*

Poniendo en seguida el manípulo en el brazo izquierdo del subdiácono pronuncia el obispo estas palabras: *Recibid el manípulo; recuerda el fruto de las buenas obras. En el nombre del Padre, del Hijo, y del Espíritu Santo.*

Revistiéndole de la túnica continúa: *Que el Señor os dé la túnica de dicha, y el vestido de la fe. En el nombre del Padre, del Hijo, y del Espíritu Santo.*

En fin, el sucesor de los apóstoles pone al discipulo de Jesucristo el Misal, diciéndole: *Recibid el libro de las Epístolas, y el poder de leerlas en la Iglesia, tanto por vos, como por los difuntos. En el nombre del Padre, del Hijo, y del Espíritu Santo.*

Avanzamos sobre la montaña santa, nos aproximamos á los tabernáculos de Sion; todavía un grado, y habremos llegado á la alta dignidad del sacerdocio. La consagracion del diácono va á seguir á la del sub-diácono. El obispo con su báculo en la mano y cubierto con la mitra, se sienta arrimado al medio del altar, con toda la majestad del episcopado; el arcediano se adelanta hácia él, se inclina profundamente, y le dice: Reverendo padre: nuestra Madre la santa Iglesia pide que deis á estos sub-diáconos el cargo del diaconado.

—¿Sabeis si son dignos? responde el prelado.

—Lo sé, replica el arcediano, y lo atestigo, tanto como la debilidad humana permite reconocerlo.

—Tributémosle gracias á Dios, añade el pontífice. Despues dirijiéndose al clero y al pueblo, pronuncia estas palabras: “Con la ayuda de Dios y de nuestro Salvador Jesucristo, escojamos estos sub-diáconos para elevarlos al diaconado: si alguno sabe algo contra ellos, que se adelante decididamente por amor de Dios, y que diga lo que sepa; pero que se acuerde de su condicion.” Despues de estas palabras hay un instante de silencio, porque el prelado, antes de pasar á otra cosa, espera una respuesta á su pregunta.

Si los fieles que componen la concurrencia no hacen demostracion alguna contra ninguno de los sub-diáconos, el obispo se dirige á los ordenados y les hace considerar la dignidad del orden que van á recibir, las funciones que le son peculiares, y las virtudes que exige: despues entona un prefacio; impone la mano derecha sobre la cabeza de cada uno de los

postulantes, y les dice: *Recibid el Espíritu Santo, para tener la fuerza de resistir al demonio y sus tentaciones.*

Para demostrar que los diáconos no reciben el Espíritu Santo con la misma plenitud que los sacerdotes, el obispo no impone sus dos manos sobre la cabeza del nuevo diácono.

Terminados la imposicion de la mano y el prefacio, el obispo dá á cada diácono la estola, simbolo de la potestad que les es confiada.

“*Recibid, les dice, recibid de la mano de Dios esta estola blanca; llenad vuestro ministerio; el Señor es Todopoderoso, y aumentará en vos su gracia.*”

La estola del diácono no se lleva como la del sacerdote: porque cada un grado del santuario, se señala como los diferentes grados de un ejército; la milicia santa tiene sus distinciones como las de las campañas.

La dalmática de los tiempos primitivos, aquella que Estévan, Felipe, Nicanor, y los otros compañeros han llevado, es colocada á cada uno de los diáconos por el prelado, que les dice: *Que Dios os dé el traje de salud y el vestido de alegría, y que por su poder os revista para siempre de la dalmática de la justicia.* En fin, el obispo presenta al diácono el libro de los Evangelios, pronunciando estas palabras: *Recibid el poder de leer el Evangelio en la Iglesia, por vos, y por los difuntos. En el nombre del Padre, del Hijo, y del Espíritu Santo.*

Estas palabras son seguidas de una oracion del pontífice y del pueblo, uniendo sus voces y sus corazones para hacer descender sobre los nuevos elejidos, todas las gracias de que mas que nunca van á tener necesidad, puesto que se aproximan solo parcialmente al manantial de toda santidad.

A la ordenacion de los diáconos, sigue la de los sacerdotes. OFRECER el santo sacrificio; BENDECIR el pueblo en la misa, en las asambleas y en la administracion de sacramentos, á fin de atraer sobre él el rocío celeste de la gracia; PRESIDIR en las asambleas que se tienen en la casa de Dios, para rendir al Todopoderoso, soberano de la tierra y de los cielos, el homenaje y la adoracion que le son debidos; PREDICAR la palabra evangélica, y repartir esta divina semilla de salud; BAUTIZAR y administrar los otros sacramentos, particularmente aquellos que Jesucristo ha establecido para la remision de los pecados y el alimento de las almas: tales son las altas é importantes funciones del sacerdote. En todas las cosas humanas existentes bajo del sol, buscarémos en vano otras que puedan ser comparadas á aquellas de que están investidos los ministros de nuestros altares.

Las funciones del sacerdote son al presente las que eran en los primitivos dias de la Iglesia: solo que entonces los obispos eran los únicos en-